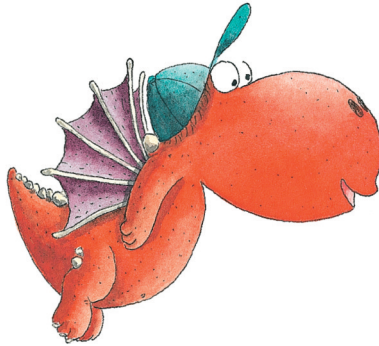


Ingo Siegner

El pequeño dragón Coco y la bruja

Traducción de David Sánchez Vaqué



laGalera



El retorno del tornado

Amanece en la Isla del Dragón. Hace un día espléndido. Los pájaros cantan y la luz del sol brilla sobre el mar.

Papá Manuel levanta el morro para husmear el aire.

—¡Mmm! —murmura extasiado—. ¡Será un verano de postal!

—¡Vamos a la playa! —dice mamá Elsa.

Elsa prepara una cesta de picnic. Manuel lleva las toallas y la sombrilla, y Coco se encarga del cubo y la pala.

La playa aún está vacía, pero poco a poco van llegando familias de dragones y otros habitantes de la isla. También la puercoespín Matilde y el dragón devorador Óscar, que son los mejores amigos de Coco.

Los tres se ponen a cavar un hoyo en la arena. Luego cavan un canal hasta el mar. El hoyo se va llenando con el agua de las olas.

—¡Ya está lista nuestra bañera! —grita Coco.

De repente el pequeño dragón ve algo raro en el horizonte. Es como una línea que se va moviendo.

—¡Mirad! —grita señalando el cielo.

Matilde se frota los ojos:

—No parece que sea un dragón.

—Vaya manera más rara de volar —dice Óscar—. Viene y va todo el rato.

—No, mira. Se está haciendo más grande —dice Coco.



—Yo diría que viene hacia aquí —opina Matilde.

Matilde tiene razón. Aquella cosa se está acercando cada vez más. Vuela a gran velocidad y levanta el agua a su paso.

Los demás dragones también se dan cuenta.

Manuel y Elsa asoman la cabeza por debajo de la sombrilla y no pueden creer lo que están viendo.



De pronto sopla un fuerte viento, cada vez más fuerte, hasta que casi arranca la sombrilla del suelo. Manuel consigue sujetarla y grita:

—Coco, recoge tus cosas, que nos vamos. Esto tiene toda la pinta de ser un tornado.

¡Es muy peligroso!

Un tornado de verdad, piensa Coco mientras contempla alucinado el enorme remolino oscuro que va hacia a la playa.

Entonces nota que algo le golpea en el brazo.

—¡Ay!

Se sorprende al ver en la arena una bola de hielo del tamaño de una pelota de ping-pong. Es granizo.

—¡Ay! —se queja Matilde tocándose la cabeza.

Otra bola de hielo.

—Salgamos de aquí —grita Óscar— Esto es piedra. ¡Y de la gorda!

—¡Todos a la cueva de la Tormenta! —ordena Elsa.

En un momento lo han recogido todo y salen



corriendo hacia la cueva. Buf, ¡un, dos, tres, salvados!

Coco, Matilde y Óscar asoman la cabeza con cuidado.

El remolino se pasea por la playa levantando arena por todas partes y golpeando las palmeras hasta inclinarlas. Incluso llega a arrancar una y la lanza por los aires. Ahora el remolino se acerca a la cueva.

—¡A cubierto! —grita Coco.

Justo en la entrada de la cueva caen miles y miles de bolas de hielo. Algunas llegan a meterse

dentro. Coco, Matilde y Óscar corren a esconderse detrás de los mayores.

El tornado silba y cruje tan fuerte que por un momento Coco piensa que va a entrar en la cueva.

Pero, un momento. ¿Qué es eso? Suena como una risa, ¿no?

De repente todo se queda en silencio. El tornado ha desaparecido. Con mucho cuidado los dragones vuelven a asomar la cabeza. Hay granizo por todas partes y árboles arrancados por la tormenta. También los arbustos están destrozados.

Y como si no hubiese pasado nada, el cielo es azul y el sol brilla como antes.

—¡Mirad allí! —grita Matilde señalando los rascacielos. Así es como llaman a las montañas más altas de la Isla del Dragón.

—¡El tornado va hacia los rascacielos! —dice Coco.

—Eso no era un tornado —dice el abuelo Jorge—. Era la bruja Gula.

